

II. El crecimiento

Con premura profética,
la naciente ciudad se delineaba:
el Cabildo, los templos, las parcelas
de casas principales, y la plaza,
los hospitales de indios y españoles,
y los cuatro horizontes de esperanza...

La madera olorosa de esta tierra
los primordiales ranchos levantaba,
con tapiales de tierra humedecida,
o quejumbrosas quinchas de pichana,
donde el Zonda bravío
sus tolveneras enredaba.

Multiplicadas manos,
con azadones y con hachas,
y con toscos arados
la gleba urente fecundaban.

Caían algarrobos y lámares y tuscas,
para en la tierra herida bordar nacientes chacras;
la cal alumbraría la niebla del desierto,
con la sonrisa nueva de las viviendas blancas;
y en el pecho transido de la noche
lloraría recuerdos la guitarra.

Se vestirán de viña los eriales,
y el vino hará dichosa la nostalgia;
se empinarán los quijotescos álamos
por alcanzar la estrella más lejana.

Catedrales del sueño, las bodegas,
fermentarán sus lúbricas cantáridas
y el ceniciento olivo mitológico
dará a la paz labriega su confianza.